

obligados á proceder severamente contra él, conforme á la justicia.» Digan lo que quieran los controversistas galicanos, esta bula es relativamente comedida. En ella no se pronuncia todavía la destitución del rey. Se diría que Bonifacio no ha perdido toda esperanza. «¡Ojalá que como Nabucodonosor, el primero de los reyes de tierra, desista de su obstinación! Hemos procurado atraer hacia nosotros la oveja descarriada; hemos querido volverla al redil sobre nuestras espaldas...» Esta bula *Super Petri solio* se fijó en la puerta de la catedral de Anagni.

Durante ese tiempo, Guillermo de Nogaret y sus acólitos habían trabajado en su «empresa secreta.» Uno de sus acólitos, el florentino Mouche, que poco antes había introducido en Toscana á Carlos de Valois y conducido á Italia varias misiones francesas, fué el intérprete de la misión Nogaret, y la puso en relaciones con los barones y los municipios del patrimonio, de quienes conocía los rencores. Fué en el castillo de Staggia, regalado algunos años antes por el rey de los romanos á uno de los hermanos Mouche, Nicoluccio de' Franzesi, donde Nogaret estableció su cuartel general. Los dominios de Mouche y de los suyos, Staggia, Poggibonsi, Fucecchio, estaban situados en el territorio de Florencia, cerca de las fronteras de Siena. Desde allí era fácil conferenciar con los desterrados, los descontentos, los bandidos de la región apenina, y los enemigos muy numerosos que los Gaetani tenían en la comarca. Los Ceccano, los Sgurgola, los Bussa, los de Alatri, de Segni y de Veroli, muchos señores de los montes Albanos, estaban dispuestos á todo para humillar á Bonifacio y á su sobrino, á quien llamaban «el marqués.» Los más encarnizados eran gentes de Anagni, compatriotas del papa, perjudicados por él, y ese Rinaldo de Supino, capitán de la villa de Ferentino, cuya hermana había sido en otro tiempo la prometida de Francisco Gaetani: esos tenían que satisfacer venganzas de familia. Para ellos el papa no era el padre universal de los fieles; le conocían de demasiado cerca; para ellos no era más que Benito Gaetani. Los clientes de los Colonna, á las órdenes del feroz *Sciarrá*, hijo de Juan Colonna, poco antes refugiado en Francia, aprontaron el contingente necesario. Ni el rey de Nápoles ni los romanos entraron en la liga. Bien es verdad que para dar un golpe de mano, algunos aventureros valían más que un ejército.

Cuando los amigos que Guillermo de Nogaret tenía en la corte de Bonifacio, los cardenales Napoleón de los Ursinos y Ricardo de Siena, el capitán y el potestad de Anagni y el mariscal de la corte pontificia, le advirtieron que iba á fulminarse la bula *Super Petri solio*, el mismo Nogaret convocó á sus cómplices para la noche del 6 al 7 de septiembre.

El día 7 de dicho septiembre, antes de amanecer, la pequeña fuerza, seiscientos hombres de armas aproximadamente, con un millar de *sergents* á pie, se puso en movimiento dirigiéndose á Anagni, llevando desplegados el estandarte flordelizado de Francia y el gonfalon de San Pedro, porque los *condottieri* de Nogaret, que estaban á sueldo y bajo la protección de Felipe y eran al mismo tiempo vasallos de la Santa Sede, marchaban á la vez «para vengar la injuria del rey de Francia» y «para la defensa de la Iglesia romana contra el

usurpador.» Gritaban, según dice un testigo: «¡Vivan el rey y Colonna!»

Bonifacio no sospechaba nada. La banda de Nogaret, de Colonna y de Reinaldo llegó, sin encontrar resistencia, á la plaza pública de Anagni, donde Nogaret arengó á la muchedumbre. «Al ruido, todo el pueblo de la villa se conmovió, como también los caballeros y los donceles, y hasta hubo algunos de la misma casa de Bonifacio que también gritaban: «¡Mueran el papa y el marqués!» Para ir al palacio del papa fué preciso pasar por delante del de los Gaetani, donde el marqués y sus criados se habían barreado apresuradamente. Se les atacó y se prendió al marqués. Colonna y Reinaldo penetraron hasta donde estaba Bonifacio, atravesando la catedral que comunicaba con el castillo, mientras que sus gentes se diseminaban detrás de ellos para saquear. «El señor cardenal Francisco, sobrino del papa, joven gordo y robusto, escapó vistiéndose el traje de un criado. Se saqueó su casa, la del obispo de Palma, la banca de los Spini, los palacios del papa y del marqués. La lucha, el saqueo, la detención del papa, todo había terminado á mediodía.»

Se dice que Bonifacio, abandonado de todos, esperó á los agresores con las llaves y la cruz en las manos. Los primeros que se precipitaron en el cuarto donde estaba fueron los hombres de Sciarrá; abrumaron al anciano á fuerza de amenazas y de injurias; Sciarrá quería matarle; según una tradición célebre, pero que no está corroborada por testigos contemporáneos, le abofeteó. El papa no contestó á esos ultrajes inauditos; dijo solamente en lengua vulgar: «He aquí mi cuello, he aquí mi cabeza: *eccovi il collo, eccovi il capo!*» Por fin llegó Nogaret. Entraba en su política impedir los atropellos inútiles, á fin de asegurar á su acto el carácter ó la apariencia de un procedimiento regular. Se le cree sin dificultad cuando declara que el saqueo de la caja y de la bodega pontificias se realizaron sin su consentimiento, y que hizo lo que pudo para proteger las personas y los bienes de los Gaetani. Solamente que su moderación no llegó hasta el punto de evitar al prisionero los últimos sufrimientos morales. En el cuarto del papa, «en presencia de varios prohombres,» hizo un pequeño discurso. «Yo expliqué, refirió él mismo más tarde en sus Memorias justificativas, el motivo y la manera de nuestra llegada. Dije lo que se había hecho en Francia, las acusaciones de que había sido objeto Bonifacio, á quien tenía delante de mí. De esas acusaciones no se había defendido; debía, pues, reputarse, conforme á los cánones, convicto, confeso y condenado. De todos modos, como conviene que seáis declarado tal por el fallo de la Iglesia, quiero conservaros la vida y representaros en el concilio general, y os requiero para que lo convoquéis. Se trata de herejía y seréis juzgado, mal que os pese. Pretendo también obrar de manera que no promováis escándalo en la Iglesia, sobre todo contra el rey y el reino de Francia. A tales fines os detengo, en virtud de las reglas del derecho público, para la defensa de la fe y el interés de nuestra Madre la Santa Iglesia, no para haceros ningún insulto á vos ni á ningún otro...» Bonifacio no consintió. Entonces Nogaret se instaló como centinela de vista. «El señor papa no fué ni atado, ni encadenado, ni arrojado de su palacio, dice un testigo anónimo, pero el señor Guillermo de

Nogaret lo guardaba en su cuarto en numerosa compañía... (1).» He aquí el vinagre y la hiel irrisorios de que habla Dante en el *Purgatorio* (canto XX):

*Veggio in Alagna entrar lo fiordaliso
E nel vicario suo Cristo esser catto.
Veggiolo un' altra volta esser deriso;
Veggio rinnovellar l'aceto e 'l fele,
E tra nuovi ladroni esser anciso.
Veggiol nuovo Pilato... (2).*

Pero, una vez cometido el atentado, nada había concluido. Al contrario, entonces empezaban las dificultades. ¿Cómo llevar desde Anagni hasta Lyon, á través de media Italia, á un papa de ochenta y seis años? La empresa hubiera sido difícil con una escolta francesa; intentarla con la milicia del municipio de Ferentino y los barones de la Campania, era una locura. Guillermo de Nogaret no había previsto que la mayoría de sus partidarios se esparitarían de su audacia, y que habría un cambio en favor de la víctima. Nada demuestra mejor que Nogaret, con sus condiciones de audacia, tenía una inteligencia fantástica; su excesivo menosprecio de los hombres le hubiera perdido si no le hubiese favorecido una suerte extraordinaria. «Como ciertos nobles de Anagni, parientes de los Colonna, no quisieron consentir en que se llevaran al papa fuera de la villa, el día 8 de septiembre, siguiente al del atentado, se pasó sin hacer nada. El 9 por la mañana, los habitantes de Anagni y las gentes de los alrededores se sublevaron,

(1) Godofredo de París nos hace saber de qué modo se imaginaron en Francia la escena del atentado (*Histoire de la France*, XXII, 108 y siguientes). El coplista parisiense pone en boca del papa una jergonza cómica, medio francesa, medio italiana; Bonifacio se dirige á Nogaret y le dice:

*E! filioli mi, qui esto
Que me fais tant de tempesto?
Favelle a my qui est ton sire.
—Sire clerc, je le puis bien dire,
(Guillot Longaret respondi...)
Chevalier sui au roi de France
Qui sus touz rois a grant puissance;
Hui porras tu bien esprouver...
Ces flors de lis, les connais-tu?
He, clerc, maugré en aies-tu,
Ceste cité n'est pas a toy;
Tu n'y a riens: elle est au roy.
Ne ne te muef, ne ne remue.*

«Eh!, hijo mío, ¿qué es esto que me mueve tal tempestad? Dime quién es tu señor. — Señor clérigo, yo puedo muy bien decirlo (Guillot Longaret respondió); Caballero soy del rey de Francia que sobre todos los reyes tiene gran poder. Hoy podrás tú experimentarlo bien... Estas flores de lis, ¿las conoces tú? ¡Eh, clérigo!, aunque te sepa mal, Esta ciudad no te pertenece; No tienes nada en ella; es del rey. Y no te muevas ni te agites.»

El cronista (oficial) de Saint-Denis atribuye á Nogaret este discurso: «¡Oh tú, desdichado papa! Ve y considera y mira la bondad de mi señor el rey de Francia, que tan lejos de su reino te hace guardar por mí y te defiende.»

(2) «Veo entrar en Alagna la flor de lis y á Cristo ser preso en la persona de su vicario. Véole otra vez ser objeto de irrisión; veo renovar el vinagre y la hiel, y le veo ser muerto entre nuevos ladrones. Veo al nuevo Pilatos...»

TOMO II

gritando: «¡Viva el papa! ¡Mueran los extranjeros!» Sciarrá y Reinaldo trataron de resistir; pero después de haber sufrido pérdidas sensibles, evacuaron la villa. Nogaret se refugió con ellos en Ferentino, y la bandera de las flores de lis, que había sido izada en el palacio pontifical, fué arrastrada por el lodo. Al mismo tiempo llegaban cuatrocientos caballeros romanos, que se llevaron á Bonifacio á Roma (12 de septiembre), á través de un país alborotado, «lleno de malas gentes.» El papa se dejó hacer; esas terribles jornadas le habían quebrantado. Más tarde, en sus *Apologías*, Nogaret tuvo el descaro de pretender que, antes de marchar de Anagni, Bonifacio reconoció como legítimo el modo de proceder del día 7 y perdonó públicamente á los autores del atentado (3). Con seguridad que no perdonó, pero había perdido el juicio. Tuvo accesos de demencia senil. Murió en 11 de octubre.

Esta muerte salvó á Nogaret, quien pasó de la noche á la mañana de vencido á vencedor y consumó la humillación de la Santa Sede. «Lo que hay, en efecto, de extraordinario en el episodio de Anagni, ha dicho muy bien M. Renán, no es de modo alguno que el papa fuera sorprendido; es que esta sorpresa trajo resultados duraderos; es que el pontificado quedó abatido por ese golpe, y que dió pública satisfacción al rey sacrilego. Esto no se ha visto más que una vez, y por esto la victoria de Felipe *el Hermoso* sobre el papado ha sido un hecho absolutamente único en la historia.»

VIII.—El epílogo de la desavenencia en los pontificados de Benedicto XI y de Clemente V

El porvenir político del papado dependía del sucesor de Bonifacio VIII. O bien el nuevo papa anatematizaría á los autores del atentado y proseguiría contra los franceses una guerra sin cuartel; ó bien, ya sea perdonando á los sacrilegos, ya entrando solamente en negociaciones con ellos, confesaría la impotencia de la Santa Sede y colocaría por mucho tiempo al Soberano Pontificado bajo la dependencia de aquellos que le habrían insultado impunemente. En 21 de octubre de 1303 (después de un interregno que sólo duró once días) fué elegido papa un hermano predicador, hombre apacible é instruido, Nicolás Boccasini, hijo de un notario de Treviso. Era uno de los tres prelados que en la jornada de 7 de septiembre habían permanecido al lado de Bonifacio. Se sabía que era honrado, pero tímido, dispuesto á los acomodamientos; y por esta razón fué por lo que Benedicto XI reunió los sufragios de los cardenales. Desde entonces (4) el triunfo de Felipe, ese triunfo que no habían podido conseguir Barbarroja, Felipe Augusto

(3) Nogaret escribió en una de sus últimas Memorias justificativas (á fines de 1300 ó principios de 1301): «Dicho Guillermo, sabiendo que el que sacude al que padece letargo y pone la camisa de fuerza al frenético hace una obra de caridad, aunque no sea agradable á los enfermos, ha sacudido y ha ligado á Bonifacio, que estaba atacado á la vez de letargo y de frenesí. Dicho Bonifacio comprendió entonces que esta visita venía de Dios; reconoció que el acto de dicho Guillermo y de los suyos era una obra de Dios, no de los hombres, y les remitió todas las irregularidades que habían podido cometer ó dejar cometer, suponiendo que las hubiesen cometido.»

(4) P. Funke, *Papst Benedict XI*, 1891. R. Holtzmann, *Wilhelm von Nogaret*, cap. VII.

ni Federico II, y la servidumbre de Roma á la Francia de los Capetos fueron inevitables.

Basta, por otra parte, para augurar el desenlace, observar la actitud de los adversarios en los primeros días del pontificado. La de los franceses es insolente. Guillermo de Nogaret da salvoconductos á las gentes de Ferentino, en los que se declara que los de Anagni tendrán que arrepentirse de haber hecho traición al emisario del rey, de haber atentado contra su vida, de haber arrastrado su bandera por el arroyo; la muerte de Bonifacio no ha interrumpido la acción incoada contra él por causa de los crímenes imprescriptibles de herejía, simonía y sodomía; sus cómplices no han sido castigados. Mientras tanto, el papa no se atrevía á renovar contra Felipe la excomunión nominal, ni á salir de Perusa.

Guillermo de Nogaret marchó, á principios de 1304, á reunirse con Felipe el Hermoso, que entonces se encontraba en Langüedoc. Expuso su conducta y recibió, como recompensa, bienes considerables. Aconsejó que se enviara al papa, que aún no había notificado su advenimiento, una embajada solemne. Y efectivamente, no transcurrió el mes de febrero sin que Felipe despachara á Benedicto XI, para felicitarle, para «renovar la antigua amistad» entre el reino y la Santa Sede, y para pedir la anulación de los anatemas de Bonifacio—«del difunto Bonifacio que poco ha presidía al gobierno de la Iglesia.»—á tres miembros de su consejo que se habían notoriamente asociado en 1303 á las medidas antipapistas: el canonista Pedro de Belleperche, Béraud de Mercœur y Guillermo de Plaisians, caballeros, á los cuales se juntó otro personaje: Guillermo de Nogaret. Estos nombramientos atestiguan que los hechos y las gestas de Nogaret en Italia no habían disgustado del todo al nieto de San Luis y que seguía en prianza la política de intimidación representada por el promovedor del tumulto de Anagni.

Benedicto XI había resuelto, sin embargo, hacer distinción entre Felipe y los autores de los escándalos de septiembre. Estaba pronto á anular los procedimientos y las sentencias de Bonifacio contra el reino, su reino, sus consejeros y sus súbditos: efectivamente, se relevó á Felipe desde el 2 de abril, «sin que él lo hubiera solicitado,» de todas las censuras en que pudiera haber incurrido, y los Colonna, protegidos suyos, recibieron un principio de reparación. En cambio, no se diría que Guillermo de Nogaret hubiera ultrajado impunemente la majestad pontificia. Benedicto conciliaba así sus temores y el grito de su conciencia, su respeto á la fuerza y su deseo de justicia, su debilidad y su orgullo; amnistia al hombre poderoso, pero hería con ostentación á un subalterno. Nada hubiera sido más fácil á Felipe, en efecto, que desautorizar á Nogaret; el papa acarició ciertamente la esperanza de obtener esta satisfacción y estaba resignado á contentarse con ella.

Cuando llegó la embajada, se negó á ver á Nogaret, porque entrar en relaciones oficiales con él hubiera sido declararle libre de toda excomunión. Cuando pronunció, en 13 de mayo, una absolución general, exceptuó nominalmente á «Guillermo de Nogaret, caballero.» Por fin comenzó contra este emisario una persecución canónica: la bula *Flagitiosum scelus*, del 7 de junio de 1304, cita para que comparezcan ante la Santa Sede á los cul-

pables de Anagni, Nogaret, Reinaldo, Sciarra y sus compañeros, los autores de ese «crimen monstruoso, que unos hombres muy desalmados cometieron contra la persona del papa Bonifacio, de buena memoria... Lesa majestad, crimen de Estado, sacrilegio, violación de la ley Julia *De vi publica*, de la ley Cornelia sobre los sicarios, secuestro de personas, rapiña, robos, felonía, todos los crímenes á un tiempo. Esa fechoría nos dejó estupefactos... ¡Oh maldad inaudita! ¡Oh desgraciada Anagni, pues permitiste que tales cosas se ejecutasen en tu recinto! ¡Que el rocío y la lluvia caigan sobre los montes que te rodean, pero que pasen sobre tu colina maldita sin bañarla!...»

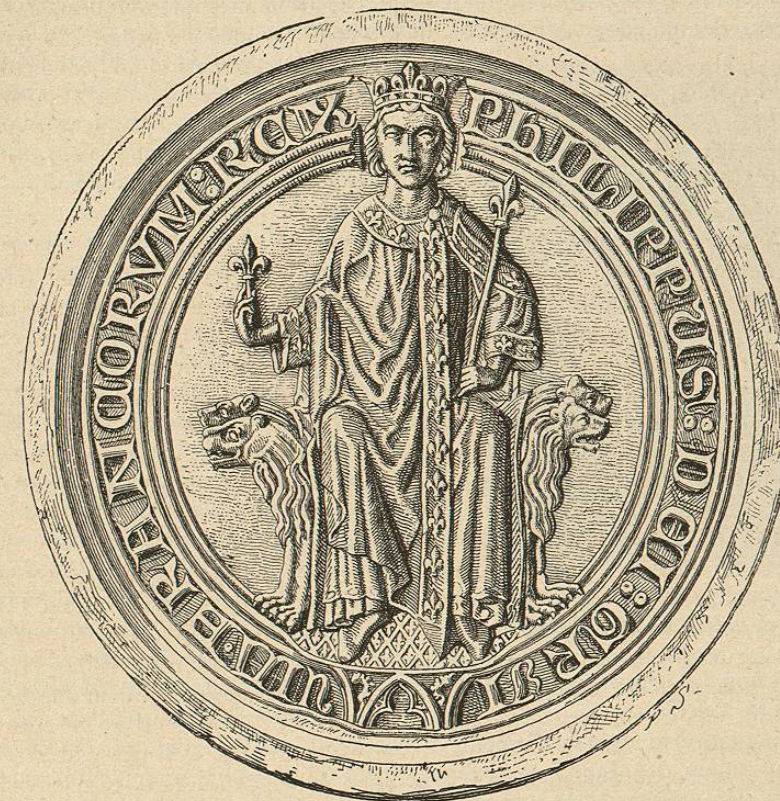
En tales términos agotó Benedicto su elocuencia contra los servidores de un rey á quien acababa de absolver, por ser culpables de un acto que les había valido las felicitaciones de ese mismo rey. ¿Cómo explicarse que los acontecimientos no se desarrollaran según lo deseaba Benedicto y según era probable, *à priori*, que se hubiesen desarrollado? Nogaret tenía envidiosos (*amuli*), y algunas gentes mal informadas (*veritatis ignari*) se unían á esos envidiosos para «difamarle gravemente cerca del rey con motivo del hecho de Anagni.» Hubiera estado en peligro si, por razón de ser menos completa la derrota de la Santa Sede, el rey hubiera tenido algún interés en transigir. Pero Felipe no tenía nada que agenciar, y por otra parte fué siempre muy fiel á los que habían ganado su confianza. En fin, Nogaret no era hombre que se dejase sacrificar sin defensa; hizo presentar contra Bonifacio, muerto, el acta de acusación redactada el año anterior contra Bonifacio, viviente; antes de que le alcanzara la bula *Flagitiosus scelus*, que le citaba ante el tribunal del papa, se apresuró á refugiarse en Francia. Sin embargo, la corte pontificia iba á juzgarle en Perusa por contumaz: «Todo estaba pronto, dice en sus Memorias; la sentencia iba á pronunciarse contra mí: el papa había hecho levantar en la plaza pública, delante de su palacio, un tablado cubierto con tisú de oro...» Pero Dios velaba: aquel día, 7 de julio, Dios, más poderoso que todos los príncipes eclesiásticos y temporales, hirió á dicho señor Benedicto de modo que no le fué posible condenarme.» Este milagro se realizó, según se dice, por la mediación de un joven vestido de religiosa, que se presentó como mandadera de las monjas de Santa Petronila; ofreció al papa unos higos frescos de parte de su abadesa; el papa, aunque receloso de los venenos, comió los higos porque la abadesa era afectá á su persona, y murió.

La vacante de la Santa Sede duró esta vez cerca de un año, desde 7 de julio de 1304 hasta 5 de junio de 1305. Hubo, durante esos once meses, una batalla desesperada en el Sacro Colegio entre los partidarios de Francia y los «bonifacianos» (Gaetani y Stefaneschi), depositarios y defensores de la tradición romana. Benedicto XI, aunque conciliador, había tenido veleidades de firmeza: era italiano; había vivido siempre en la corte de Roma, en las villas de la Campania, del Lacio y de la Sabina, donde flotaban los recuerdos heroicos de los Gregorio y de los Inocente; Bonifacio había sido su maestro y su bienhechor. Su reinado había demostrado que era preciso sentar en el trono pontificio á un extranjero, á un francés, á una hechura del rey, si se quería consumir la servidumbre del papado. La elección

del arzobispo de Burdeos, Bertrán de Got, fué, pues, para la política francesa el triunfo más esplendente. Sería interesante conocer en detalle las intrigas que prepararon este acontecimiento decisivo; pero dichas intrigas han quedado ocultas (1).

La actitud de Nogaret durante el interregno es instructiva. Este hombre hábil temía seguramente que la elección tuviese un resultado contrario á sus deseos, y tomó precauciones en consecuencia: anunció que si el sucesor de Benedicto XI era un «bonifaciano,» encontraría con quien habérselas. En 7 de septiembre, ani-

Iglesia universal, al papa legítimo por miedo de que los cardenales pretendan elegir á uno de los cómplices de Bonifacio ó procedan á la elección de concierto con esos excomulgados.» Al mismo tiempo escribía: «El Soberano Pontífice no es más que un hombre sujeto al error. Si, por nuestros pecados, algún Anticristo invade la Santa Sede, es preciso resistirle. El papa legítimo tiene el deber de estar reconocido á los campeones de la fe que han combatido por la Iglesia contra el lobo disfrazado de pastor; de otro modo se hace solidario del culpable, es hereje como él...» Y en sus *Allegationes*



Sello de Felipe el Hermoso

versario del atentado de Anagni, el autor principal de dicho atentado hizo registrar ante el oficial de París una apología de su conducta. Después de haber contado á su manera los episodios de la desavenencia, declara que la muerte del papa no le impedirá continuar, contra ese antipapa, su «obra virtuosa;» porque «la acusación de herejía no se extingue con la muerte,» y es de interés público que la memoria de tan gran culpable se desplome con el estrépito necesario (*cum debito sonitu*). En 12 de septiembre protesta anticipadamente delante del mismo oficial contra el papa futuro, si éste fuese elegido entre esos asistentes de la Santa Sede, fautores de herejía, que habían aprobado á Bonifacio: «Algunos hijos de la santa Iglesia romana, dice, intentan violarla; la tratan como cortesana á la faz de las naciones. Pues bien; de la misma manera que me alcé, hace poco tiempo, contra Bonifacio, me opondré como un muro á esa canalla. Por la presente apelo á la Silla apostólica, á la

excusatorie, el documento más considerable que escribió para su defensa, dice: «El papa Benedicto se queja de que se saqueara en Anagni el tesoro de Bonifacio; hubiera hecho mejor en lamentar que ese tesoro se hubiese amontonado por malos medios. Ha procedido contra mí precipitadamente, á la ligera, de un modo irregular... Que se convoque un concilio general para hacer, por fin, justicia á la memoria de Bonifacio y de su pandilla. Yo me ofrezco á perseguirlos; y mientras tanto, como hay «bonifacianos» en la corte pontificia, que son mis enemigos por razón de mi celo en favor de la causa de Jesucristo, yo los recuso. No los nombro; su mala conducta los denuncia bastante; pero los nombraré: probaré que el alma perversa de Bonifacio revive en los sectarios del cisma bonifaciano...» La amenaza del proceso contra la memoria de Bonifacio y contra los bonifacianos quedaba así suspendida como una espada sobre la cabeza del futuro papa y por encima del conclave. Nada era más propio que esta amenaza para influir en el ánimo de los electores de Perusa.

Mientras tanto, se cruzaban mensajes entre la pequeña villa de la Umbría, donde deliberaban los cardena-

(1) M. Souchon, *Die Papstwahlen von Bonifaz VIII bis Urban VI* (1888), pág. 26 y siguientes. L. Leclère, *L'élection du pape Clément V*, 1889, en los *Annales de la Faculté de philosophie de Bruxelles*.